

LA LITERATURA NACIONALISTA ARGENTINA: CREACIÓN Y DESARROLLO DE PROYECTOS POLÍTICO-CULTURALES DEL NACIONALISMO ARGENTINO (1930-1975)¹

Domingo Ighina²

La hipótesis central de nuestro trabajo es que un conjunto de textos literarios argentinos se considera «nacionalista» por su afinidad y subordinación intelectual al conglomerado ideológico llamado «nacionalismo». Para sostener esta hipótesis debemos formular otra: este conjunto literario no se presenta como un discurso nativista, sino como un intento de imponer una cultura «tradicionalista», sometiéndola a las necesidades políticas del Estado-nación.

Entonces esta producción literaria –la «literatura nacionalista argentina»– responde a una intención consciente de plasmar una interpretación de la controvertida realidad del país, y además, a la de representar en Argentina la llamada «tradición de Occidente». Por otra parte esta apelación a la «tradición occidental» implica una disputa por la definición de esa categoría y por construir un canon literario que responda a una inserción determinada en la producción cultural y literaria de Occidente, específicamente de Europa occidental.

El enfoque aquí asumido es panorámico, es decir de conjunto. No abordamos en detalle las construcciones literarias nacionalistas del período 1930-1975, ni es este un análisis exhaustivo de la totalidad de la producción escrita de las ideas del nacionalismo. Se requeriría para tal fin una acumulación confiable de lecturas críticas sobre tales objetos. Dichas lecturas son casi inexistentes. O bien porque se elige una visión amplia del nacionalismo –lo que permite incluir en tal categoría las operaciones culturales a favor del Estado-nación de la Generación del 80 hasta las manifestaciones “patrióticas” en estadios de fútbol- o porque sólo se ha

¹ “La literatura nacionalista argentina creación y desarrollo de proyectos estéticos-culturales en relación con el pensamiento político nacionalista. 1930-1975”. Córdoba, 2005. Tese (Doctorado en Letras Modernas) – Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Investigación financiada por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Córdoba, bajo la dirección del Dr. Jorge Torres Roggero.

² Profesor Doctor – Universidad Nacional de Córdoba – Argentina.

estudiado con rigor la producción nacionalista en torno a temas históricos: el Revisionismo, o, finalmente, se ha privilegiado una lectura de los nacionalistas desde sus agrupaciones partidarias y sus empresas periodísticas, siempre en relación con los procesos sociales y políticos de Argentina. Sobre la literatura, el ensayo y la crítica cultural nacionalista del período aquí estudiado hay realmente poco.

Esta escasez de material crítico obliga a elaborar, como primera entrada, una visión de conjunto de los objetos que nos proponemos interrogar. Un armazón útil para dar cuenta del tránsito de las ideas nacionalistas en la literatura argentina y un paso hacia indagaciones particulares que eviten el biografismo, tan practicado por los actuales apologetas de los nacionalistas, y la nota al pie de la mayoría de los textos críticos sobre la literatura argentina.

Esta visión panorámica de la literatura nacionalista obliga a una selección más que de un corpus de obras determinado, de ámbitos diferenciados por donde los nacionalistas corrieron para intentar establecer un conjunto literario de peso en la literatura argentina. Así, en base al volumen de producción en esas áreas, leemos los proyectos nacionalistas alrededor de la crítica literaria, la traducción, las memorias y la novela apocalíptica. La selección de los textos que integran esos espacios se realizó a partir de la relevancia que esas obras alcanzaron en los círculos nacionalistas y fuera de ellos: en casi su totalidad han sido reeditadas varias veces e incluso recientemente.

La categoría «Literatura nacionalista argentina» responde al intento, por parte de un grupo importante de intelectuales y políticos argentinos de la primera mitad del siglo XX de responder a la premisa moderna de «un estado, una cultura», mediante la creación o restauración de una «cultura nacional».

Creemos importante «situar» el nacionalismo en Argentina, no sólo en el contexto histórico de la primera mitad del siglo XX, sino también, a partir de una perspectiva epistemológica del sujeto observador y el objeto observado, en su espacio geocultural. Esto último permite considerar el nacionalismo no como un universal de igual comportamiento en todo lugar y momento, sino como una elaboración político-cultural circunstanciada. En consecuencia, el nacionalismo es comprendido como fenómeno situado por un observador también situado. A partir de esta consideración histórica del tema, surge, en una perspectiva general de lectura, lo que llamamos el «a priori colonial». Este

«a priori colonial» obliga a situar el análisis histórico-cultural de la literatura desde el sesgo de la situación colonial que marca a América Latina, como postulan, entre otros, José Carlos Mariátegui, Arturo Jauretche, Roberto Fernández Retamar y Aníbal Ford.

Así, entonces, estamos en presencia de un Estado nacional que no busca diferenciarse de modelos metropolitanos prestigiosos, tanto política como culturalmente. El nuevo Estado-nación pretende mostrarse como la avanzada americana de ciertas «culturas nacionales» de prestigio, como la inglesa y la francesa. El proyecto de construcción del Estado nacional desarrollado en Argentina desde 1862 no sólo supone el acomodamiento del país a la división internacional del trabajo impuesta por las grandes potencias decimonónicas, sino la construcción de un Estado carente de «singularidades» culturales y deseoso de asimilarse a los modelos. Este largo proceso, que entra muchas veces en contradicción, al estar surcado por la circunstancia de subalternidad no puede asumir como propio el objetivo de «un estado, una cultura». Para este caso más bien debería enunciarse «un estado, la cultura», entendida ésta, genéricamente, como la cultura letrada de los países europeos, incluso la antigua metrópoli.

La educación juega un papel fundamental en este proceso, sólo que en el caso argentino ésta se orienta no a la estandarización hegemónica de una cultura considerada autóctona, sino a la divulgación e imposición de una que sólo parcialmente es reconocida como propia por algunos grupos de las comunidades que habitaban el espacio del Estado, como en toda experiencia colonial. A pesar de que la alfabetización se correspondía con la lengua heredada del virreinato español, el civismo, la moral laica, la historiografía, la higiene, respondían a una reorientación de la cultura. La política de inmigración europea, más o menos indiscriminada, fue el complemento, y a la vez el soporte, para presentar como definitivo el cambio de las prácticas culturales de la población del Estado, en beneficio de la política económica de este último.

Sin embargo los reclamos, cada vez más contundentes, de los grupos inmigrantes por una economía que no los limitase a simples peones o empleados, y la resistencia por parte de los sectores populares criollos a desempeñar un papel político y culturalmente subordinado, conforman un frente inestable de oposición a los planteos de las élites gobernantes.

Las élites reaccionan postulando lo que llamamos «discurso de la nacionalidad», lo que usualmente se llama «nacionalismo cultural». El «discurso de la nacionalidad» representa la tendencia de las élites a formar

una cultura nacional homogénea y letrada, basada en el sustento moral de una aristocracia culta y detentadora del poder estatal. Los hombres del Centenario (1910) presentan la nacionalidad como una fuerza basada en la «tradición patria» y en un mandato telúrico, que inevitablemente absorberá toda diferencia cultural, y producirá una homogeneidad que se pretende que consolide la «grandeza» del Estado. En otras palabras, se pretende una homogeneidad cultural, mediante el expediente de «naturalizar» la cultura que el mismo Estado impone. A su vez esa homogeneidad debe ser la garantía que impida la subversión del orden social, aunque permita, si bien superficialmente, un comienzo de cuestionamiento de la situación colonial argentina. A esta situación responden los primeros textos de Ricardo Rojas y Manuel Gálvez.

Es por esos limitados cuestionamientos, más la presión política ejercida por los sectores populares criollos e inmigrantes, que el Estado escapa parcialmente del control de las élites y pasa a nuevos grupos políticos, como la Unión Cívica Radical, que buscan orientar una economía moderna e industrial fuera del orden de la dependencia colonial. Esto supone una corrosión de la jerarquía social y el cuestionamiento de la homogeneidad cultural, que provoca en las élites una sensación de caos y subversión social.

El nacionalismo argentino, desde 1930, desplegará culturalmente una serie de «operaciones intelectuales» que controlen la formación e interpretación de una sociedad industrial y post-colonial. Postulará la imposición inmediata de la «cultura nacional», tanto desde el poder y mediante planes y reformas educativas, como desde la disputa intelectual.

La construcción de una sociedad moderna, industrial –esto en la formulación de algunos grupos nacionalistas- y homogénea, que a la vez sea jerárquica e internamente diferenciada por marcas claras y permanentes, obliga a la elaboración de un vasto proyecto político-cultural, no exento de contradicciones. En realidad el nacionalismo, como tendencia intelectual, nunca logró formar un proyecto político viable, aunque sí intentó con éxito parcial desarrollar proyectos político-culturales.

La puesta en valor del legado hispánico, algo ya en marcha desde el Centenario; la recuperación de las tradiciones nacionales mediante la sistematización y control del folklore; la vigilancia de la producción artística, literaria y filosófica a partir de la crítica entendida como «policía intelectual» que cuida de la correspondencia entre proyecto cultural y

proyecto político en un sentido nacionalista, son algunas de las operaciones que desplegó la literatura nacionalista.

También la pretensión monopolítica en la recepción e interpretación de los bienes culturales metropolitanos, el intento de desarrollar una narrativa futurista –más precisamente «apocalíptica»- de amplia circulación y complejidad intelectual que sostuviese los argumentos teleológicos del nacionalismo, y finalmente la postulación de un «tradicionalismo católico», son planteos y recorridos culturales nacionalistas.

El nacionalismo resulta, desde su bibliografía crítica, un elefante demasiado complejo como para comprenderlo en su totalidad. Su influencia, vasta hasta en sectores considerados a priori ajenos a su prédica, aún hoy es evidente en debates alrededor de la integridad territorial, el control estatal de los recursos energéticos y la soberanía política. Estos son legados, sin embargo, compartidos por diversas tendencias ideológicas.

Consideramos los proyectos culturales nacionalistas como productos de una larga coyuntura histórica que cuestionó la validez del Estado-nación argentino, en tanto se lo entendía como una construcción incoherente respecto a lo que se consideraba como “valores de Occidente”. Desde esta perspectiva entendemos que el fenómeno nacionalista debía comprenderse en el contexto histórico del país, situación evidentemente distinta a la de los países europeos o de reciente descolonización. Mientras los primeros intentaron un nacionalismo que respondiese a la consolidación de Estados modernos o la reconversión de viejas dinastías en agrupaciones políticas modernas, los segundos promovieron un nacionalismo que intentase, aún conservando formas no europeas en la cultura, producir respuestas novedosas ante la hegemonía occidental.

El caso argentino, una particularidad notable en el ámbito latinoamericano, fue una propuesta que pretendió asegurar la relación argentina con Europa mediante un replanteo de lo que nuestro país consideraba como herencia occidental. El nacionalismo fue así una «matriz de pensamiento», un conjunto de categorías y valores instrumentados para redefinir la nación.

Pensar nuevas formas de organización política, la función de los «sectores populares» en un nuevo modelo social, fundar la legitimidad histórica en un recorrido especial de la historia europea, se presentaban como las recuperaciones o restauraciones de lo que realmente definía a la Argentina. Así el nacionalismo se perfiló progresivamente, y cada vez más

con el avance del siglo, como una tendencia tradicionalista que cuestionaba los legados liberales y socialistas de la Revolución Francesa – siempre vistos como los cimientos de nuestra sociabilidad política-.

No exento de contradicciones, el nacionalismo fue a la vez clerical, antisemita, europeísta, fascista, telurista y apocalíptico; pero nunca abandonó su afición a los debates intelectuales coetáneos de Francia e Inglaterra, su aceptación del liberalismo como mal menor y su vinculación raigal con los grupos dirigentes conservadores. Por eso acompañó cada golpe de estado desde 1930 hasta 1976 y nunca pudo deslindar responsabilidades en las sucesivas restauraciones oligárquicas que sucedieron a cada cuartelazo.

En estos términos toda la literatura nacionalista se definió como algo subordinado a un planteo político-cultural que, salvo por cambios obligados por las circunstancias ajenas al nacionalismo, prácticamente se mantuvo igual desde 1927 hasta 1976. Estamos entonces ante una literatura de valor fiduciario.

Nunca se conformó un canon nacionalista, a pesar de la evidente voluntad en ese sentido. No consiguieron los escritores, intelectuales y políticos de esa tendencia conformar un universo de relaciones que permitiera apreciar la envergadura y complejidad de su propuesta. Si se considera, como es todavía común en la bibliografía sobre el tema, sólo las revistas periódicas católicas, la literatura nacionalista será un superficial discurso moralizante. Si sólo se abordan las novelas de Hugo Wast la literatura nacionalista parecerá una textualidad ligera, antisemita y de uso escolar. Si aislamos su producción crítica parecerá una obra dislocada, efímera, destinada a ser una suerte de inquisición literaria. Si leemos solamente a sus autores más sólidos –Leopoldo Lugones y Leonardo Castellani- la literatura de los nacionalistas perderá definitivamente su dimensión de conjunto y se encerrará en las particularidades, sin duda excepcionales, de tales escritores.

Por eso elegimos estudiar esta producción dispersa, y en buena medida desconocida hoy, desde su condición de proyecto. Proyecto como conjunto y esquema de textos orientados según un designio. Así la individualidad de la obra sólo nos importó de manera secundaria, porque una perspectiva de conjunto permitiría recuperar el elefante completo.

Empero esto no sólo obedeció a la perspectiva asumida, sino a la situación subalterna que el nacionalismo dio a su literatura. La famosa premisa maurrasiana «politique d’abord» –primero la política- fue

aplicada plenamente en todo nacionalismo, a pesar de la opinión de Enrique Zuleta Álvarez.

De lo expuesto se siguen algunos de los principios sobre los cuales el nacionalismo montó las «imágenes intelectuales» que intentaron conformar, fallidamente, un canon nuevo de la literatura argentina. De ellas se desprende una concepción determinada de la literatura y luego una valoración de los textos literarios. La función política que se requiere de la literatura argentina, las disputas políticas por controlar las representaciones sociales de la «cultura argentina» y la relación de la literatura con la «tradición intelectual de Occidente», constituyeron una literatura nacionalista en Argentina.

Existió entonces una literatura nacionalista, un corpus textual de circulación notable y de setenta años de acción en la literatura argentina. Si no fue un movimiento, ni la llevó adelante una generación, su conformación en cambio fue el de un disperso universo que intentó dominar el caos en el que creía surgir y en el que finalmente, gracias a sus contradicciones, se convirtió.

Así como el nacionalismo careció de una metodología política eficaz que le permitiera acceder y permanecer en el poder del Estado mientras lo considerara necesario, y debió en todo caso formar frágiles alianzas de las que salió "decepcionado", tampoco consiguió que sus proyectos culturales se transformasen en metodologías capaces de lograr la homogeneidad cultural y el nuevo orden político. Es decir, exigió una crítica literaria capaz de ordenar la cultura argentina, pero no logró desarrollar tal crítica, salvo las excepciones analizadas. Se pidió una literatura de base religiosa de fuerte fundamento teológico más que moralista, y tal exigencia no logró plasmarse en textos, salvo las novelas de Castellani y, muy en menor medida, algunas de Hugo Wast.

Pero también la literatura nacionalista argentina fue una revelación de los errores y de las virtudes ocultas de un presente sobre el cual se intentó actuar, con el prestigio sagrado del profeta. Como en el *Apocalipsis* de San Juan, anunció el infierno de donde no se volverá, porque éste supone el fin de la nación y la disolución de toda Historia.

En definitiva la literatura nacionalista pretendió ser la voz de Dios para ser la voz del pueblo y explicar el presente como una construcción del futuro.

